

## Carta vocacional

Marzo 2009

Queridas Hermanas, estamos transitando ya el tiempo de Cuaresma. Cada año el ciclo litúrgico nos ayuda a vivir nuestro encuentro con el Señor y nuestra comunión con los hermanos de manera más profunda. Este tiempo permite que nos adentremos en nuestro ser, allí donde se gestan nuestros pasos, que tienen una única meta, el amor, cada vez más ferviente, más libre, más comprometido, más encarnado.

Este es también el camino que tenemos que transmitir y enseñar en nuestro acompañamiento vocacional. Porque ¿qué significa descubrir y aceptar la vocación? Descubrir y aceptar el amor que ha sido derramado en nuestras vidas. La caridad.

Si en un camino vocacional no se da esta posibilidad de profundizar en el amor, no se camina hacia la meta, sino que se retrocede y se pone en riesgo la vocación. Por eso el tiempo cuaresmal es propicio para profundizar en el amor. ¿Cómo?



No cabe duda de que primero se trata de contemplar el amor de Dios, expresado especialmente en su paciencia y su bondad hacia nosotros y hacia todos los hombres, toda la humanidad. Contemplar y gustar este amor, anima el corazón y pone nuestra vida en el Camino. Ayudar a los jóvenes que acompañamos a ponerse en este Camino, contemplando y gustando el amor de Dios, dándose el tiempo para permanecer en ese amor, es hacer acompañamiento vocacional cuaresmal.

Pero el amor requiere un paso de reciprocidad, por lo tanto, también hay que darse el tiempo de ejercitar lo que contemplamos, y aquí está lo que nos expresa el P. Alberione como “penitencia” cuaresmal: practicar esa paciencia y esa bondad hacia nosotros mismos y hacia los que nos rodean. Y también se trata de permanecer allí, en este amor encarnado. Ayudar a los jóvenes a practicar lo que primero han contemplado, han visto en Dios, y gustar de esta experiencia de parecerse más al Señor de manera bien concreta, es, en este caso, vocacionalizar la cuaresma. Es también vocacionalizar el concepto de penitencia, actualizando su sentido sin perder su esencia.

***“Pero esta mañana yo quería aconsejar y proponer, antes de cualquier otra, la penitencia de la oración, de la devoción, que abarcar todas las prácticas de piedad del día, de la semana, del mes y del año.” (Beato P. Alberione, RSP 68)***

Otro aspecto del tiempo de cuaresma que podemos vocacionalizar está concretizado en una imagen que se relaciona profundamente con la oración y la vida interior. El desierto.

Si pensamos en el desierto, podemos imaginar un espacio inmenso e imponente donde el horizonte no cambia ante nuestra mirada, como una línea simple que separa la tierra del cielo, una línea en apariencia inalcanzable. Esta primera experiencia ya nos hace sentir nuestra vulnerabilidad, nuestra debilidad, nuestra pequeñez e impotencia ante la vida misma. Nada podemos hacer por nosotros mismos que nos pueda salvar, que pueda cambiar radicalmente esta sensación. La realidad nos sobrepasa. Algo parecido a lo que sentimos ante las experiencias tan cercanas de inseguridad, de

***“¿Qué penitencias proponer para la Cuaresma?”***

***Podríamos aconsejar muchas.***

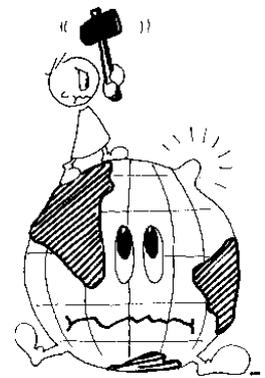
***La caridad paciente es la primera penitencia; caridad benigna... (1 Cor 13, 1ss); caridad paciente con todos, y también con nosotros mismos.” (Beato P. Alberione, RSP 67)***



miedo, de soledad en lo ordinario, del cansancio en la rutina del trabajo, de la falta de creatividad y gozo en la vida familiar. etc. Experiencia que no es ajena en absoluto a los jóvenes especialmente cuando emprenden un camino de discernimiento vocacional.

También podemos imaginar la aridez de este desierto, la sequedad, la falta de agua que vivifica y reverdece, que limpia y genera novedad por donde pasa. Aquí no hay más que colores ocres, marrones, grises. No hay nubes que nos traigan la sombra y la lluvia frescas.

Si a esto le sumamos que el caminar se fatiga, porque los pies se entierran en la arena o se lastiman en las rocas; que nada se mueve a la vista más que nosotros; que el calor y el viento nos resecan la piel durante el día; que el silencio y el frío nos cala al pasar de las horas en la noche; seguramente nos preguntaríamos ¿cómo lo soportó Jesús cuarenta días con sus noches, con hambre y tentado por el enemigo? ¿cómo pudo un pueblo vivir allí cuarenta años? ¿qué sentido tiene semejante experiencia? ¿podemos evitarla?



Para nada nos conviene evitarla, por el contrario, es necesario transitar por el desierto, por la vulnerabilidad, por el fracaso, por la crisis, porque ningún rodeo nos permitirá alcanzar la meta que nos espera. ¿Y cuál es esa meta?

Nos dice Jesús: **“El Reino de Dios está cerca”** (Mc. 1,14-15)



Allí está el sentido de este desierto que “me toca atravesar”, es que el Reino de Dios, es que Dios mismo está cerca, muy cerca, ...está muy dentro nuestro, en lo más íntimo de nuestra intimidad (San Agustín), y pasar por el desierto es prepararnos para ver, para oír, para tocar a Dios. Se trata de un ejercicio de esperanza que afina nuestros sentidos interiores, que ensancha el corazón, que aclara la mente, que abre nuestros labios para la alabanza. Entonces no es para menos que el Espíritu nos lleve al desierto (Mc 1,12) como a Jesús.

Entrar en el desierto es entrar en el proyecto de Dios para mi vida. Es caminar con los pasos del Espíritu en la fe para llegar a ver el Reino que ya está presente en nosotros y entre nosotros. Es aprender a mirar a través de la realidad más allá de ella, lo que se gesta en el silencio, todo el bien que hay a nuestro alrededor y en nosotros mismos y en cada ser humano sea cual sea su estado y situación en este mundo.

Por eso el desierto es esperanza. Es un aliado que nos abre al optimismo, porque nos abre a Dios mismo, que es todo bien.

Ahora bien, sólo quien se atreve a hacer esta experiencia de dejarse llevar por el Espíritu al desierto puede trascender el aquí y ahora, y transmitir esta esperanza a los demás.

Por eso, ¿tenemos que temer el desierto? ¿temeremos cuando los jóvenes que acompañamos pasen por una crisis o toquen su propio límite? ¡No!

*“El evangelio del miércoles de Ceniza está tomado de San Mateo: “Cuando ayunéis, no os pongáis tristes, como los hipócritas, que se afean la cara para ostentar ante la gente que ayunan... Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara” (Mt 6, 16-21)*

*Este paso evangélico nos habla de la penitencia hecha en silencio, sin que todos lo sepan; nos enseña a soportar algo por amor de Dios, unidos a los dolores de la pasión, a los méritos de la crucifixión y muerte de Jesús.” (Beato P. Alberione, RSP 68)*

Es necesario vocacionalizar el desierto cuaresmal. Y allí se expresa más que nunca nuestra misión de “acompañar”, porque tenemos que recordar que cuando el Pueblo de Dios atravesaba el desierto, la promesa del Señor no consistió en evitárselos sino en “estar con” el, acompañarlo.

Les deseo a todas una feliz cuaresma vocacional.

*Hna. María de los Ángeles Seijo sjbp*